



## EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 13. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 25 DE MARZO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

### REVISTA DE LA SEMANA.



el parte detallado que ha publicado la *Gaceta*, se deduce que la accion del 11, fue de tanta importancia como la que mas entre las que han ilustrado la historia de nuestra guerra de Africa. Las kabilas marroquíes mandadas por sus jefes y dirigidas por un califa venido de Fez, juraron recobrar á Tetuan, la ciudad santa, y acudieron al campo de Muley-Abbas para pedirle licencia de atacar á los cristianos. Muley-Abbas se la concedió, según unos sonriendo y añadiendo «andad, que yo sé que no volveréis á contarme el resultado,» según otros simplemente y eludiendo toda responsabilidad en los sucesos que pudieran sobrevenir. Las kabilas, en efecto, atacaron nuestro campo y dejaron en él tendidos sus principales jefes en medio de montones de cadáveres. Habian jurado morir ó recobrar á Tetuan y murieron peleando. Sus tropas no siguieron su ejemplo: la esperanza del botin les habia halagado; mas cuando vieron que era necesario arrostrar el fuego y la bayoneta de nuestros soldados para tomarlo, comenzaron á desmayar y últimamente fueron perdiendo todas sus posiciones huyendo á la desbandada. El jefe marroquí que mandaba la accion habia dispuesto sus tropas en un ancho semicírculo, cuyo diámetro podria tener una legua; su intencion era traer á nuestros soldados al centro donde se veian unos grandes pantanos, y envolverlos; pero una hábil maniobra mandada por el general en jefe que hizo flanquear sus posiciones, les obligó á descender á las mismas lagunas, á donde habian tratado de atraer á los nuestros, y donde muchos de ellos hallaron la muerte, mientras otros cortados en su retirada sucumbieron ó fueron hechos prisioneros. Al dia siguiente por parte de Muley-Abbas se entablaron negociaciones de paz. El general O'Donnell que recibió á los enviados, anunciándoles que no por eso suspenderia las operaciones de la

campaña, no creyó sus ofertas bastante importantes para remitirlas por el telégrafo y las trasmitió por el correo ordinario. El gobierno las recibió el 16 ó 17 del corriente y fueron discutidas en consejo de ministros, espidiéndose inmediatamente la respuesta. No sabemos ni la naturaleza de las nuevas proposiciones ni la de la contestacion que ha recibido Muley-Abbas. Sin embargo, los periódicos que pasan por bien informados de los actos del gabinete, manifiestan poca confianza en que se pueda hacer la paz antes de emprenderse el movimiento camino de Tánger.

Segun las últimas noticias del 22 al 23 debió emprenderse este movimiento llevando el ejército víveres y repuestos para diez dias, tiempo que conceptuamos suficiente para vencer todos los obstáculos que las fuerzas marroquíes puedan haber aglomerado en el camino.

De todas maneras, la paz no puede estar ya muy lejos, sea que la tengamos antes, sea que venga despues de la toma de Tánger. Nosotros la deseamos por ver al ejército descansar de tantas fatigas como ha sufrido en esta penosa guerra, en que no solo ha tenido que luchar con los hombres sino con los elementos, con la escasez de todo recurso en el país, con las enfermedades y con la peste.

Las cartas y los periódicos de Italia dan cuenta de la aceptacion de Victor Manuel del trono que le ofrecen los ducados y las legaciones de la Italia Central que han votado su anexion al Piemonte. S. M. ha dicho sin embargo que respecto de la Romania estaba dispuesto á reconocer la alta soberania del Papa. Por su parte el cardenal Antonelli, secretario de Estado de Su Santidad, en respuesta á una comunicacion del ministro francés Mr. de Thouvenel, ha dicho que el gobierno pontificio no abandonará el derecho que cree tener sobre las Legaciones, y que mientras no se le reponga en el uso de ese derecho, no hará á sus súbditos concesiones de ninguna especie. Tambien se dice que por un lado la Santa Sede recluta en Austria y Nápoles la fuerza que juzga necesaria para invadir sus antiguos dominios, hoy agregados al Piemonte, mientras que por otro lado se prepara á lanzar escomunion sobre Victor Manuel y sobre todos los que hayan tomado parte de hecho, ó simplemente aprobándolos, en los actos que han preparado y llevado á cabo la anexion. Por nuestra parte no creeremos esta noticia mientras no la veamos confirmada oficialmente; pero hay periódicos que se adelantan á describir el aparato y pompa con que se va á verificar esta solemne ceremonia.

«La ceremonia, dice un corresponsal, se celebrará en San Pedro con gran pompa, asistiendo todos los cardenales. La iglesia estará enlutada, el crucifijo cubierto con un velo; los blandones y las velas apenas encendidos se apagarán; una procesion general acompañada de todas las órdenes religiosas y monásticas de Roma, recorrerá la ciudad cantando el *Miserere*. Se dice que Su Santidad será quien pronuncie la escomunion mayor; sin embargo otros creen que la proclamará un cardenal delegado *ad hoc*.»

En Saboya y Niza sigue la agitacion promovida para la anexion á la Francia. El sentimiento de unidad en las naciones que proceden del mismo origen y hablan el mismo idioma podria llegar á ser irresistible si, como sucede hoy, en vez de ponerle obstáculos, se le diera impulso. A la cuestion de Italia seguirá la de Niza y Saboya; á esta la de los cantones suizos del Tessino, y la Valtelina y la Córcega; á esta la de las islas Jónicas que son griegas aunque poseidas por Inglaterra que pretende ser mas griega que ellas. Y ya dicen que la Cerdeña cuyos habitantes descienden de familias españolas desean tambien que se admitan sus votos para agregarse á España. Y como quedan todavia segregadas en Italia, Venecia, Nápoles, Roma y las Marcas, con este grito general de agregacion hay para revolver buenamente la Europa por unos cuantos años.

Desde que se han abierto tantos teatros políticos en el mundo, donde se dan y se preparan tan grandes y sorprendentes espectáculos, parece que nos hemos quedado por acá sin templos de Talia. El Príncipe donde trabaja Catalina y *qualche volta* la Matilde, es el único que se mantiene abierto como una de aquellas esbeltas columnas que aun permanecen en pie entre las ruinas del edificio á que han pertenecido. Lope de Vega terminó su carrera mas ó menos bruscamente; Novedades pasó á mejor vida; la compañía del Circo parece disuelta si no manca y coja, pues que le faltaron Valero y la Teodora que como suele decirse, eran sus piés y sus manos. Esta es verdaderamente una disolucion general de compañías: si nos halláramos en los tiempos antiguos, la plazuela de Santa Ana, punto de reunion de los cómicos en busca de ajuste, deberia estar llena de bote en bote. Lo sentimos por multitud de artistas modestos y de talento, que se encontrarán apurados, y no ciertamente por culpa suya, sin poder utilizar su trabajo; y lo deploramos tanto mas, cuanto mayor es el contraste que forma su desgracia con la fortuna que suele favorecer á otros que valen menos.

El señor Herrmann ha dispuesto, según parece, abandonar á Madrid para dar representaciones de su habilidad por las provincias. Le deseamos fortuna y buen viaje y que nos permita volver á ver zarzuelas en la Zarzuela, donde está uno más á sus anchas que en los Basilio. Un teatro mecánico, bastante bueno, que había en la plazuela de las Descalzas va también á desaparecer, ausentándose el dueño con toda su maquinaria. Todos nos dejan y hasta los cantantes del *Teatro Real* no tardarán en tomar el camino de Francia de paso para Italia ú otras naciones.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## VICTOR HUGO.

### LA LEYENDA DE LOS SIGLOS.

#### III.

Los que desnaturalizan la significación de las voces censurando como bajo y servil al cisne de Mantua, olvidan la índole de los tiempos ó desconocen el sentimiento que más honra al corazón del hombre. Dios llama al César, en una elegantísima hipérbola, el agradecido poeta que le debe la vida y la hacienda. *Deus nobis haec otia fecit*: la vida y la hacienda no valen nada sin el reposo para los amantes apasionados de las Musas. Sin la magnánima protección que dispuso á Virgilio Maron el generoso mancebo á quien la fortuna hizo dueño del mundo, no poseeríamos hoy en las obras de aquel ingenio uno de los monumentos que más honran á la especie humana. ¿Podremos decir lo mismo, en sentido inverso, de Victor Hugo? ¿Nos consolará su gloria del ostracismo que le impuso la cólera de César? ó, lo que es igual, ¿vale tanto la *Leyenda de los siglos* como la *Eneida*?—

Para examinar con la profundidad necesaria esta cuestión tendríamos que analizar otra vez las dos escuelas, y buscar, con razonamientos prolijos, las claras fuentes de la verdadera belleza. Pero no queremos entrar en abstracciones: aceptamos como buena una y otra, y dentro de sus condiciones comunes, planteamos la cuestión: ¿son comparables estos dos poemas?

Desde luego la comparación no tiene lugar cuando los términos son de todo punto desemejantes. La *Eneida* es una obra acabada, completa: la *Leyenda* es un proyecto, un croquis, un boceto; pues aunque el autor pretende que cada una de sus partes tiene vida propia y una existencia independiente, carece el conjunto de esa regularidad y armonía que constituyen el verdadero poema. Para que la comparación fuese valedera y exacta, habría que hacerla entre la *Leyenda de los siglos* y los *Trozos escogidos de la Eneida*.—

La índole de ambos poemas es además distinta. ¿Qué se ha propuesto Victor Hugo en la *Leyenda de los siglos*? «Espresar la humanidad en una especie de obra cíclica: pintarla sucesiva y simultáneamente bajo todos sus aspectos: historia, fábula, filosofía, religión, ciencia, que se resumen en un movimiento inmenso y único de ascensión hacia la luz; hacer aparecer, en una especie de espejo sombrío y claro—esa gran figura una y múltiple, lúgubre y radiante, fatal y sagrada, el Hombre; éste es el pensamiento, esta, si se quiere, la ambición de donde ha nacido la *Leyenda de los siglos*..... «El desenvolvimiento, de siglo en siglo, del género humano; el hombre, ascendiendo de las tinieblas á lo ideal, la transfiguración paradisiaca del infierno terrestre, la eclosión lenta y suprema de la libertad, derecho en esta vida, responsabilidad para la otra; una especie de himno religioso de mil estrofas que lleva en sus entrañas una fe profunda y sobre su cabeza una elevada plegaria; el drama de la creación iluminado por el rostro del Criador, esto será el poema en su conjunto; si Dios, que dispone de las existencias humanas, lo consiente.»

Este es, según su autor, el pensamiento de la obra. ¿Cuán distinto en su esencia y forma del poema latino! Pero si la *Eneida* y la *Leyenda de los siglos* no pueden compararse, ¿es una idea nueva, original, la representación cíclica de la humanidad en un poema? ¿Qué otra cosa son los *Metamorfosis* de Ovidio, poema admirable que su autor llamó por esta razón *perpetuum* y que comienza: «Oh Musas, conducid mi poema *perpetuum* desde el origen del mundo hasta nuestros días.» Y, sin que le arredre la epopeya de Lucrecio que tiene por título *Sobre la naturaleza de las cosas*, acomete la empresa de cantar la historia de los Dioses, es decir, la historia del mundo en la teogonía pagana! El poema de *Las metamorfosis* empieza antes de la creación; cuando el caos, masa inerte y sin forma, se anima al sople de Dios sobre la tierra cubierta de sus primeras flores; pues bien, esta es la edad de oro que Victor Hugo nos representa en su primer canto con el título *Le Sacre de la femme*.»

Difícil sería, en verdad, la comparación entre el estilo y las formas de ambos autores; aunque, á nuestro juicio, el poema latino no tiene rival, por el ingenio y la variedad, en ninguna lengua. Pero la semejanza en los asuntos es completa.—Tras la edad de oro viene en las *Metamorfosis* la de hierro; las cuatro estaciones reem-

plazan á la primavera eterna; el hombre se abandona á sus malos instintos: todos los crímenes se apoderan de la tierra. Esta edad, ampliamente descrita por el poeta pagano, la condensa Hugo en breve en un breve canto: *La conciencia*, poemita rico de color y de fantasía en que se retratan los remordimientos de Cain después de su delito.

Mientras Ovidio prosigue su grandiosa epopeya, pintando con variados tonos la guerra de los gigantes, el diluvio, Pirra y Dencalion, Apolo y la serpiente, Daphne y toda la historia mitológica, Victor Hugo narra la gran epopeya cristiana con las galas y habitual riqueza de su estilo. *Puissance égale bonté, les Lions, Le Temple, Booz endormi, Dieu invisible en philosophe, Première rencontre du Christ avec le tombeau*, son otros tantos bocetos que contienen los materiales del gran período que se estiende desde la creación hasta Jesucristo. Estos poemitas, desiguales en estructura y ejecución, son, en su mayor parte dignos del gran maestro. El primero se distingue por la originalidad de la idea, que encierra además una moral verdadera y profunda. En todas se hallan rasgos de imaginación y primores de lenguaje que nos recuerdan al autor de las *Hojas de otoño*.—

El segundo libro es *La decadencia de Roma*, pintura enérgica y fiel comprendida en un solo canto: después vienen *El islamismo, El ciclo heroico cristiano, Los caballeros andantes y Los tronos de Oriente*. Es de notar que la mayor parte de estas épocas las trata el autor con ligereza y como de pasada. *Mahoma* es un canto que se compone de estos cuatro versos:

Le divin Mahomet enfourchait tour á tour  
Son mulet Daidol et son ane Yafour;  
Car le sage lui-même a, selon l'occurrence,  
Son jour d'entêtement et son jour d'ignorance.

En cambio el *Ciclo heroico cristiano* es una época en la cual se espacia de intento el poeta dedicando á ella las tres cuartas partes del primer tomo. Esta irregularidad, contraria á la distribución arquitectónica, tiene una explicación natural y sencilla.—

Victor Hugo, al acometer esta grande obra, no ha sido inspirado únicamente por la fantasía; y aquí se hace notar la verdadera diferencia que separa á Ovidio del poeta francés y cristiano. Las *Metamorfosis* son una mera obra de imaginación. La *leyenda de los siglos* envuelve una profunda intención filosófica. A lo más que aspiró Ovidio en su poema fue á renovar en la creencia popular la memoria de los falsos dioses; y si esto era imposible, porque los romanos ya no creían en nada, perpetuarlos al menos para la poesía y las bellas artes. Victor Hugo aspira á propagar, con las lecciones de la historia, las grandes ideas de libertad y de justicia; á hacer odiosa y detestable la tiranía, ofreciéndola en su secular desnudez á los ojos del público; á inculcar las máximas eternas de la verdad con los nobles modelos que nos presenta esa misma historia; á abrir, en fin, las puertas de la esperanza al desgraciado que sufre y llora en la tierra. ¿Hay nada más digno de un gran poeta cristiano?

En el primer tomo describe la creación, la inocencia y la muerte por el pecado; la degradación y perversidad creciente de la especie humana; las tiranías revistiendo sus odiosas formas; la usurpación convertida en fuente del derecho; la desigualdad cubriendo de males la tierra. Sus pinturas tienen ese enérgico colorido que presta la cólera á las antipatías del hombre recto, y en todas se ve la sed profunda de justicia que abrasa la mente y el corazón del gran poeta. Llega al fin la época descada en que Dios tiende su brazo en favor de los débiles, enviando al mundo esa raza de héroes que pone su fuerza al servicio de los oprimidos... y brillan espléndidos aquellos días de entusiasmo que constituyen la época de los *Caballeros andantes*, ¡Época noble que la imaginación de Victor Hugo se complace en pintar con los más bellos colores! Los cantos que llevan por título *Le petit roi de Galice y Eviradnus*, son un modelo perfecto de narración apasionada.

Eviradnus es el verdadero tipo de los caballeros de la época. Su corazón, su brazo, su existencia, están consagrados desde su más tierna juventud á la defensa de la virtud ultrajada. Hé aquí el retrato que hace de él Victor Hugo:

C'est le grand chevalier d'Alsace, Eviradnus.—  
Vieux, commence á sentir le poids des ans chenus;  
Mais c'est toujours celui qu'entre tous on renomme,  
Le preux que nul n'a vu de son sang économe.  
Chasseur du crime, il est nuit et jour á l'affut.  
De sa vie il n'a fait d'action qui ne fut  
Sainte, blanche et loyale, et la grande pucelle,  
L'épée, en sa main pure et sans tache étincelle.  
C'est le Samson chrétien qui, survenant á point,  
N'ayant pour enfoncer la porte que son poing,  
Entra, pour la sauver, dans Sickingen en flamme;  
Qui, s'indignant de voir honorer un infame,  
Fit, sous son dur talon, un tas d'arceaux rompus  
Du monument bati pour l'affreux duc Lupus.  
Arracha la statue, et porta la colonne  
Du munster de Strasbourg au pant de Wasselone,  
Et la, fier, la jeta dans les étangs profonds.

Quand il songe et s'accoude, on dirait Charlemagne;

Quand les rois courbent trop le peuple, il le redresse.  
Avec une intrepide et superbe tendresse;

De tout peuple orphelin il se faisait l'aieul.

Tel fut Eviradnus. Dans l'horrible balance  
Où les princes jetaient le dol, la violence,  
L'iniquité, l'horreur, le mal, le sang, le feu,  
Sa grande épée était le contrepoids de Dieu.

En esta vigorosa descripción se encarna el espíritu de la caballería andante.

Eviradnus es viejo; pero los años no han apagado la energía de su alma. Siempre atento á las quejas del infortunio, no da reposo á su cuerpo sin haber hecho una buena acción ó socorrido alguna desgracia. Un día observa que dos reyes, tiranos poderosos, acechan á una paloma para clavar en ella sus uñas, y, fiel á la consigna de su vida entera, se dispone para frustrar el traidor intento. El artificio y la fábula de esta leyenda en que Eviradnus salva de una muerte segura á la marquesa Mahaud y vence al emperador de Alemania y al rey de Polonia que pretendían asesinarla y usurparle la herencia, reúne, al mérito de la concepción y la fantasía, bellezas de primer orden en la elocuencia y el estilo.

Ya en el canto anterior, que se titula *Le petit Roi de Galice*, cuyo actor principal es Orlando, ha dado una muestra de lo que puede su imaginación en asuntos tan propios de su fantástica vena. Estos dos poemitas no tienen que envidiar á Ariosto en los más bellos pasajes de su grandiosa epopeya.—

Los *tronos de Oriente* cierran la primera parte. *Zim-zí-zimí* y *Sultan Mourud* son los representantes del despotismo oriental. Aquí cambia el estilo del poeta para adaptarse al colorido local del asunto, y las grandezas y magníficas pompas de Oriente hallan un digno intérprete en el inspirado vate.

RICARD DE FEDERICO.

## INFLUENCIA DE LA ARQUITECTURA

### EN LA CIVILIZACION.

#### V.

¿Queréis admirar en mágico relieve las conquistas sucesivas de nuestra civilización triunfante; de esa eléctrica corriente, que de esfera en esfera, de polo en polo, hendiendo los vientos y los mares, penetra al través de las edades en todos los países y naciones, hasta inundar de radiante é inefable luz el imperio universal de la razón? Estudiar, pues, la filosofía del arte.

Al trazar á grandes rasgos el tosco bosquejo del arte monumental en Grecia, atribuimos al progreso de la Arquitectura los históricos genios que sucesivamente y á la vez iban apareciendo. Mas esta opinión, tan absolutamente emitida, no pasaría á la condición de axioma cierto y evidente sin el auxilio de la filosofía, del razonamiento, del exámen y comparación del primitivo estado del hombre, de la formación de la propiedad y la familia, y consiguientemente de las tribus, los pueblos, las naciones, las ciencias y las artes. No se crea por esto, sin embargo, que vamos á hacer un pesado é inoportuno resumen de la historia universal, ni á extraer siquiera sus más importantes sucesos: vamos únicamente á presentar en un pequeño cuadro el notable contraste que sucesivamente ofrece el progreso de la Arquitectura con el progreso de la civilización; progreso, cuya parte filosófica encierra precisamente lo que nos hemos propuesto demostrar, la influencia de la Arquitectura en el movimiento intelectual.

Comencemos por el primitivo estado del hombre en la Nueva-Zelanda, por el salvaje del erudito Hope citado en nuestro primer artículo, que escava la arena con sus propias manos para guarecerse de la inclemencia. ¿Qué cúmulo de reflexiones no surgen de esta primitiva huela arquitectónica!

El salvaje, decimos, de la Nueva-Zelanda, sin noción alguna del bien ni del mal, sin conocimiento de su Creador, lanzado en el vacío de la naturaleza, pero dotado del innato instinto de su propia conservación, no se cura del porvenir, ni de las demás necesidades, pero no puede prescindir de defender su cuerpo de los rudos ataques de la intemperie: torna en su derredor la vista, no halla refugio en la naturaleza, y al sentir bajo sus plantas arena movediza, práctica con sus propias manos un hoyo, y en él entierra su cuerpo. En los bosques virgenes del Nuevo Mundo habita el errante caribe los árboles carcomidos por el tiempo, y el tártaro pastor del Asia central cobijase bajo ligeras y portátiles tiendas.

Es decir: antes de la constitución de la familia y de la propiedad, al mismo tiempo que el hombre, casi al romper el resplandeciente astro la tenebrosa cárcel que aprisionaba al mundo, apareció también otro deste lo radiante y luminoso para disipar las tinieblas de la inteligencia del hombre: la Arquitectura.

La Arquitectura, sí; esa esplendente antorcha de las artes, á cuya primitiva ráfaga despierta la primitiva idea de racionalidad, la primitiva sensación, el primitivo impulso del instinto humano.

Y no solo en el hombre: en los animales mismos, desde el leon hasta el diminuto insecto, ¿no habeis observado el mismo instinto? Fijad vuestra vista al cerrar el ángel del silencio los talleres del día: fijadla, vereis en confuso tropel los operarios todos de la naturaleza acudir presurosos á su nocturna morada: si esce; tuais los nicatopos, esos mónstruos de la creacion, que como el *Genio del Mal*, huyen de la luz, todos los demás seres buscan su reposo: el leon á su antro, la abeja á su celda, á su granero la hormiga. Pero, ¿á qué cansarnos? Esa azulada cúpula de incrustados diamantes, ¿no es el invisible artesonado del alcázar divino? ¿no es el suelo que pisamos el sólido pavimento del edificio del mundo? ¿no es Dios el primitivo arquitecto?

Pues siendo el universo el proto-tipo arquitectónico, no puede trazar nuestra tosca pluma las bellezas de tanta maravilla.

¡Genios privilegiados! Vosotros, que remontais el vuelo de vuestra fantástica mente á la etérea region de los líricos querubines; vosotros, que derramais desde las esferas celestes ondas de inspirada luz, ¿por qué no trasportais en vuestro vuelo á la olvidada reina de las artes? ¿Dónde estais, poetas inmortales, que habeis abandonado vuestras líras, sin rendir el último homenaje á la decrepita madre que amamantó á vuestros maestros?

¡La Arquitectura! Imposible es seguir paso á paso los indelebles vestigios del arte monumental, sin sentir gratas impresiones, sin estasiarse el alma, al contemplar esa gran epopeya de piedra, cuyas brillantes páginas son otros tantos focos de perene luz, que arrojó el muno clásico sobre el mundo de la razon.

Pero, filosofemos.

Descubramos en nuestra inteligencia el tupido velo de los siglos, para remontarnos al *menhir*, al *peulvan* céltico, al túmulo ó al *galgal*: figemos, si es posible nuestra mente en las primitivas concepciones del hombre, mientras las desbandadas tribus de la Etiopía invaden las riberas del Indo ó del Ganges, como los risueños valles del Oriente el nómada tártaro: analicemos su vida y sus costumbres; comparémoslas con los monumentos arquitectónicos y sus progresos sucesivos, y hallaremos siempre en perfecta consonancia, en armonía perfecta, la idea y el sentimiento primitivos, sus primeras inspiraciones y las manifestaciones sensibles del espíritu, fielmente reflejadas en la Arquitectura: ó mas bien, examinemos la Arquitectura, y conoceremos, no ya el hombre y su civilizacion, sino hasta sus nacionalidades.

Y no hay que oponer á esto que el arte es producto de la inteligencia, y como tal la Arquitectura, no es ella, sino el genio, la causa eficiente de la civilizacion: el artista, como el poeta, nace; el genio no se adquiere, se desarrolla, se educa; pero el poeta, como el artista de los primitivos tiempos, no tenia maestro, no conocia reglas, no poseia libros; ¿qué decimos? ni hablar sabia: aprendió las primeras letras en las primeras piedras que todas las razas levantaron á una en toda la superficie del globo; en aquellos piés derechos, que produjeron mas tarde la columna, símbolo de la unidad y del poder divino; en aquellos tómulos, eco de la eternidad; en aquellas piedras llamadas *vacilantes*, como si quisieran expresar la fórmula de los azares de la vida era la Arquitectura la que despertaba los humanos conceptos: era el único maestro, el único libro, el único centro á donde el poeta acudia y la única forma de que revestia el pensamiento. Por eso vemos al hombre cazador, pastor, agricultor y ciudadano: por eso vemos la humanidad panteísta, pagana y cristiana: el Tabernáculo y Moises, Homero y Grecia, Virgilio y Roma.

El sentimiento de lo infinito, de lo incomprendible, firmísima base de todas las creencias, sentimiento, que el hombre materialista del Oriente no puede expresar por la palabra, está elocuentemente expresado por la piedra levantada hácia el cielo; como hoy diriamos, el vuelo del alma á la inmortalidad.

Pero la creacion misma de la naturaleza que rodeaba al poeta, era un vivísimo foco de inspiracion, un vivo modelo donde el espíritu se reflejaba; y como vivas y palpitantes las imágenes, palpitantes y vivas eran las manifestaciones. Sin ley, sin religion, sin derecho, sentia el hombre, no creia: el primer desarrollo del pensamiento era la naturaleza, era la materia por la materia: considerábase sin ser, sin existencia propia, sin alma: no habia individualidad: como parte tambien de la naturaleza, sumergíase en aquella inmensidad que le rodeaba en el infinito, y vivia en el infinito y en el infinito moria. Las prodigiosas escavaciones de Bahar, las ciudades subterráneas abiertas en la viva roca que interrumpía las llanuras del Indo, ó del Nilo, fueron la eterna vivien-da de sus primeros moradores. El Brahma colosal petrificado en las pagodas, el *dahgopa*, el Budha, son la primera concepcion de la idea divina, personificada, sí, materializada, y esta precisamente es la confirmacion de nuestra idea y de los principios mas respetables de la estética; pero la idea del infinito era para ellos material, como decimos antes, y material lógicamente debia ser su manifestacion. La unidad, lo infinito, la materia. Así vemos aquella masa cilíndrica, cuya suma encierra el

Budha, imponente, gigantesca! El primer destello de la poesia oriental, el primer himno de los Vedas, tiene por esta razon una analogia completa con la forma en que está simbolizado su Dios. «Brahma es eterno.... el universo es su imagen....»

Todos los monumentos arquitectónicos del panteísmo tienen el mismo carácter; la inercia, el silencio, la eternidad; la forma sensible de todas sus manifestaciones es la magnitud. Examinadlas: en todas ellas hallareis simbolizado el reposo absoluto; la naturaleza toda en un grupo; la mole. Si entráis en las pagodas, en vez de columnas hallareis elefantes de granito: sus estatuas, si las hay, son eligies de disformes gigantes, tan disformes, como las de Ipsamboul, del Speos de Athor, que miden doscientos metros; pero todas están pegadas á la misma masa; no se destacan como las de Grecia: siempre la misma analogia, la misma siempre; la negacion de la vida.

Empero, en este contraste precisamente de los templos de la India y del Egipto resalta de un modo notable la influencia de la Arquitectura en la civilizacion.

Las pagodas, estensas grutas de estalactitas artificiales, es decir, el seno mismo de una gran montaña convertido en columnas, bajo-relieves y otros adornos, todas ellas están formadas, y hasta los peristilos y escalinatas de algunas, sobre la misma roca; son, como si dijéramos, una gran cantera, una gran mole de granito, trasformada en templo por la asombrosa constancia del hombre, pero de formas toscas.

Los segundos, ó sean, los templos del Egipto, si bien con el mismo carácter, la misma tendencia, la misma inspiracion,—el sentimiento de lo infinito formulado en monumentos gigantes, —son mas regulares, mas estéticos; reflejan la visible tendencia á la personalidad, al arte, á la localizacion, al carácter distintivo de los de la Grecia: mas claro; la meditacion, el espíritu adormecido, que despierta á la impresion de sus mismas obras: la perfeccion, el sentimiento de lo bello y lo verdadero, que, segun Platon, son coexistentes: la razon, que va paulatina é insensiblemente germinando, pero que parte de aquel *menhir*, —de aquella primera semilla de la inteligencia,—que mira al cielo, como si le demandara inspiracion.

Ya lo veis; el panteísmo, va á trasformarse en politeísmo: la negacion de la inteligencia por la expresion de la actividad: el no ser por el ser; la tumba por la vida.—Hé aquí e-téticamente esplicada la transicion de aquellas cordilleras de sepulcros, llamados ciudades por Winckelmann, á las famosas y admirables pirámides.

Peró la nocion y la accion, la armonía del fin individual con el fin social, las facultades todas de la inteligencia sobrescristadas ya por la idea del bien y del mal, nacen á la mágica influencia del arte en Grecia. El progreso artístico, germinando en mútuo consorcio con el progreso intelectual, produjo la ciencia, y de aquí esas maravillas de la arquitectura griega. Antes de esto, sin embargo, la arquitectura era la única ciencia, el único arte, la forma única, como ya hemos dicho varias veces, que el pensamiento tenia para desarrollarse; y con todo la arquitectura oriental se trasformó en griega: ¿y qué deducimos de esto? ¿cómo podremos explicar filosóficamente este desarrollo de la inteligencia? Estimuladas y puestas en accion por el progreso artístico, las facultades del alma, las sensaciones no eran producidas solo por la impresion de los objetos materiales, sino en combinacion con el gusto; las manifestaciones, por consiguiente, del espíritu, pasaban antes por el crisol del criterio; la expresion, pues, era razonada; luego el arte, la Arquitectura, inculcó la ciencia.—De aquí la simetría, la relacion proporcional de las partes con el todo, la geométrica distribucion del terreno, las reglas de los tres órdenes, el arte-ciencia.

La existencia de lo bello y lo verdadero es un axioma: la belleza, como todo lo material y espiritual, tiende á la perfeccion; la perfeccion está en el progreso; el progreso en la verdad. La belleza ama la verdad, como el arte la ciencia, y por eso están unidas con indisoluble lazo.

Ya tenemos muerto el panteísmo por la verdad y la ciencia, que han roto la cárcel del pensamiento. La idea religiosa encarna en el corazon humano; la razon vence á la fuerza: el espíritu analiza la materia.

Aquellos desproporcionados seres, groseramente esculpados en las rocas de Pyrrha, han sido transformados por los *pelasgos* en dioses imaginarios, segun Herodoto, pero que no representan ya la materia, que han sido localizados para darles vida, para sustituir la inaccion á la accion, la inercia al movimiento, lo infinito absoluto á lo infinito relativo.

La tierra, los mares, el fuego, los astros, los elementos todos de la naturaleza fueron al principio sus dioses; pero esta idea religiosa, que era el politeísmo, tampoco podia conservarse en el sucesivo desarrollo de la razon y la inteligencia; porque el arte no habia llegado tampoco á su perfeccionamiento; envolvía, no obstante, su mas fecundo germen, el germen del sentimiento pagano, que habia de producir el cristianismo.

M. NUÑEZ DE LA VEGA.

## CONDICION SOCIAL,

CREENCIAS, TRAGES Y COSTUMBRES DE LOS MORISCOS DE ESPAÑA.

(1492 AL 1609.)

I.

Quando los moros españoles se vieron precisados á abrir las puertas de Granada á los Reyes Católicos, que tuvieron la fortuna de enarbolar en ella los gloriosos estandartes de la Cruz, prefirieran antes quedar mil veces sepultados debajo de sus ruinas, si hubiesen sabido que el tratado que se les juraba prometiéndoles guardar su religion, sus leyes y costumbres, no habia de merecer fe alguna.

En efecto, á pesar de los tratados, á pesar de aquellas cláusulas solemnes en que Sus Altezas, por sí y á nombre de sus descendientes, se obligaban á respetar por siempre jamás los ritos musulmanes, sin quitar las mezquitas, torres de almuhedanos, ni vedar los llamamientos ni sus oraciones, ni impedir que sus propios y rentas se aplicasen á la conservacion del culto mahometano; á pesar de las terminantes condiciones de la entrega de Granada por las cuales la justicia debia quedar administrada entre moros por jueces musulmanes y con arreglo á sus leyes, acomodándose á las mismas todos los efectos y necesidades civiles del pueblo muzlita, continuando tambien los alfaquíes difundiendo la instruccion en escuelas públicas, dotadas con absoluta independencia é inhibicion de los cristianos; la real palabra y augustas firmas de doña Isabel y don Fernando, lejos de ser mantenidas por estos soberanos y por sus ministros, eran holladas al cabo de algunos años.

Razon tuvo para dudar de la fidelidad castellana aquel valeroso caudillo árabe, llamado Muza, que echaba en cara á los granadinos la rendicion de su último baluarte —«Pensar, les decia, que los cristianos serán fieles á lo que os prometen, y que el rey de la conquista será tan generoso vencedor como feliz enemigo, es locura: nos amenazan tormentos y afrentas, robos, ultrajes, opresion, intolerancia y hogueras: corramos á morir defendiendo nuestra libertad, antes que vemos vilipendiados y sumisos en nuestros propios hogares.»—Y fuese efecto de los deseos que debian dener los Reyes Católicos de anar en España los principios religiosos, ó de la intolerancia y fanatismo de muchos cristianos que pedian á estos monarcas la conversion ó espulsion de la raza subyugada (1); es lo cierto que los funestos temores del moro Muza no tardaron en realizarse, y las hogueras, la opresion, los ultrajes, las cadenas y los tormentos, comienzan á afligir al pueblo sarraceno tan pronto como aparece en Granada el insigne restaurador de la Universidad Complutense, que debia merecer mas adelante el dictado de rígido gobernante de Castilla.

Si el primer arzobispo de Granada, el caritativo Talavera, logró pronto, como es sabido, la fusion de los vencidos con los vencedores, obteniéndose el bautismo espontáneo de algunos miles de sarracenos, merced á su persuasion evangélica, su caridad y dulzura; al asociar los Reyes Católicos al cardenal Cisneros en la difícil empresa de convertir al cristianismo á los moros granadinos, cometieron quizá uno de los mas imperdonables yerros de su reinado. Porque bien pronto conocieron los *moriscos*, llamados así por haber abjurado las creencias mahometanas, y los árabes españoles que todavía no habian sido regenerados por las aguas del bautismo, que el severo arzobispo de Toledo no tanto buscaba prosélitos de la Fe de Cristo con la edificacion, la conviccion y la tolerancia, como con la fuerza y la opresion, acaso sin atender á la sinceridad de los conversos. Agraviados los morabitos y alfaquíes, resentidos de su comportamiento los moros todos que se vieron heridos en su orgullo nacional, y burlados en el pacto de las capitulaciones, inauguraron en las calles de Granada una lucha moral y religiosa que solo debia terminar con la espulsion definitiva del pueblo sarraceno, durante el reinado del tercero de los Felipes.

Desde el asalto del palacio de Cisneros por la morisma enfurecida, solo quedaba abierto, como dice un historiador, uno de tres caminos para los moriscos: los apegados al suelo, donde habian nacido y vivido sus mayores, abrazaron de pura fórmula el cristianismo; los arraigados á la creencia sarracena que no tenian valor para tomar las armas, buscaron en Africa la tranquilidad que apetecian; los fuertes de corazon volaron á la aspereza de la Alpujarra, para proclamar á li su cara independencia. Deplorables fueron desde entonces los resultados para la raza sometida, porque en el mero hecho de haber desenvainado el vencido la cimitarra para recordar al vencedor sus deberes, ya no existia en los españoles el menor respeto al tratado solemne de las capitulaciones. El mismo Fernando el Católico borraba con la espada en las Alpujarras lo que, pocos meses antes, habia firmado con la pluma en la hermosísima vega de Granada.

Al asentarse el emperador Carlos V en el trono de San Fernando, no tardaba en obligar á los moriscos á optar entre la espulsion ó el cristianismo, y fueron ministros,

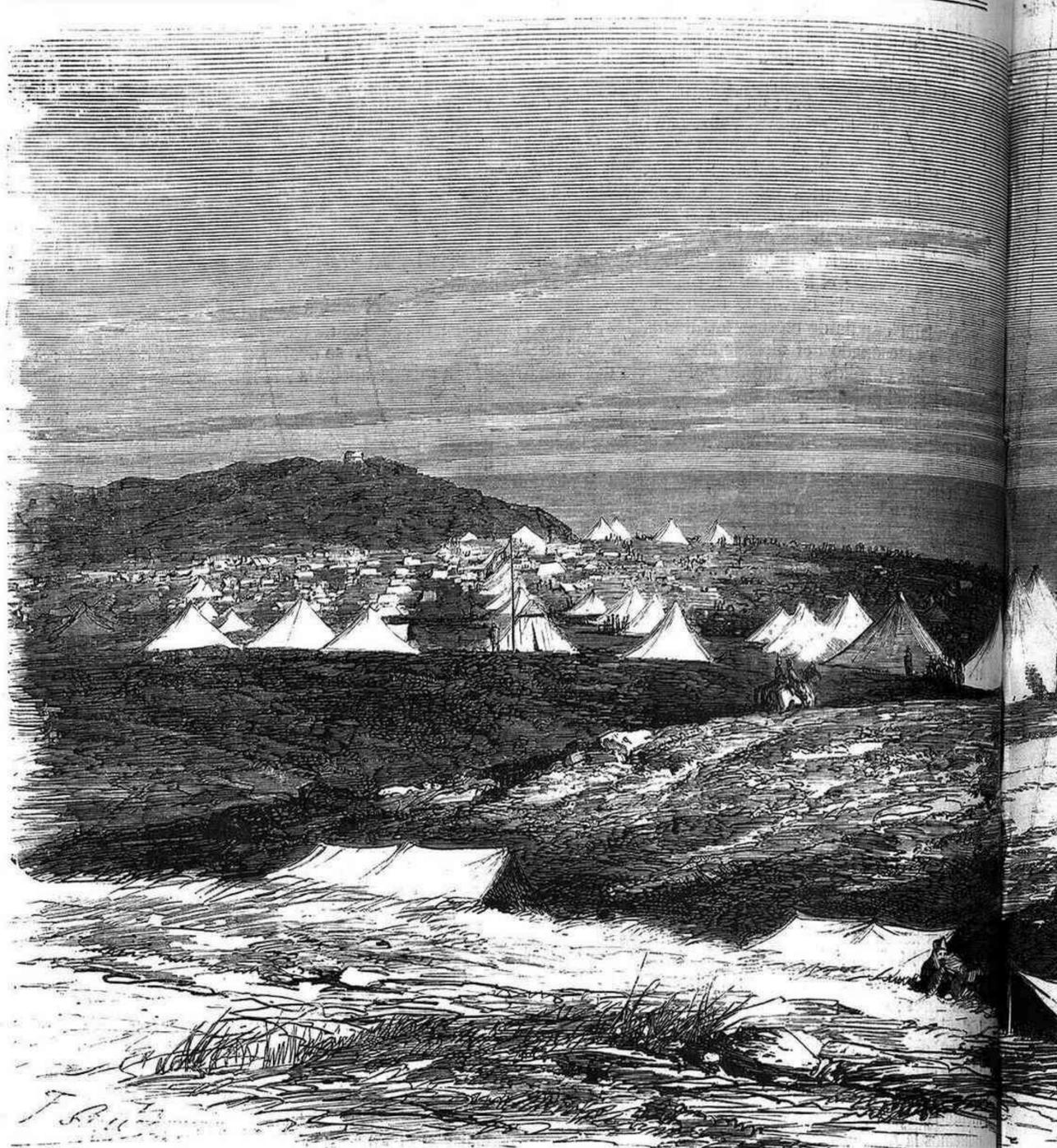
(1) Véase en comprobacion de este aserto lo que refiere Marmol Carvajal en su *Rebelion y castigo de los moriscos de Granada*.

consejeros ó teólogos los que aconsejaron semejante medida, fuesen capitanes, cuadrilleros ó soldados los que debiesen llevarla á cabo; es lo cierto que los miserables moros conversos, ya con sublevaciones, ya derramando el oro para comprar la próroga de su salida, entorpecían los decretos imperiales, y solo despues de la guerra de Espadan, en 1525, quedaban los valencianos y aragoneses subyugados, pero no menos afectos á la fe de sus mayores.

No eran por cierto mas venturosos los moriscos, granadinos, en términos que obligados por Felipe II en 1566, á desprenderse enteramente de su jefe y de su culto, de sus ritos y de sus trajes, de su idioma, de su escritura, de sus nombres y hasta de sus hijos, la sublevacion de nuevo se hacia inevitable. Sin embargo, á pesar de verse despojada la raza musulmica de todo lo que puede constituir la felicidad de un pueblo laborioso, activo é inteligente, no alzó en las breñas de las Alpujarras el viejo pendon de los califas, proclamándose independiente, sino despues de acudir humildemente á los piés del trono, repetidas veces, con discursos y protestas, con negociaciones y generosas ofertas. Todo en valde: Felipe II, no poseía, como otros monarcas aquellas dotes que constituyen la mejor aureola de gloria para los soberanos humanitarios é indulgentes, y dando oídos al partido fanático que anhelaba á toda costa la destruccion de los moriscos, rechaza toda transaccion y avenencia. Entonces, el levantamiento de los moriscos granadinos se hace general, y solo el animoso don Juan de Austria les reduce á la obediencia, pero no por medio de la guerra y del esterminio, sino valiéndose de mañosa solicitud y templanza.

Aun no habia concluido la lucha con el asesinato del último rey de los andaluces Muley-Abdallah-Aben-Abou, cuando de nuevo se ponian en planta enérgicas y terribles medidas.—«Que todos los moradores de la Alcazaba y de Albaicin, desde diez años hasta sesenta, sean arrancados de sus hogares y diseminados por el interior del reino. Que sus hijos menores queden en poder de los cristianos para educarlos en la fe. Que todos los moros de paz sean sacados de Granada y derramados por Castilla. Que todos los moriscos que hayan quedado sin distincion, sean recogidos y encerrados en las iglesias, y trasportados en escuadras de mil quinientos bajo partida de registro á los distritos que se les señalan.» Iguales disposiciones dictaba el monarca una vez terminada la guerra, internando en el interior del reino todos los moriscos que no habian perecido bajo el acero castellano en los riscos y gargantas de las Alpujarras. Pero aquellas mismas rebeliones y guerras, aquellas emigraciones y desarmes, los bautismos forzosos que se imponian á los moriscos, no hacian otra cosa que fortalecer mas y mas las creencias muzlimicas, y segun dice un escritor moderno, tener en menosprecio una religion en cuyo nombre se les tiranizaba, en términos que el único medio que se creyó á propósito para poner fin á tan fatal estado de cosas, fue el de la espulsion general de todos los moriscos de España, decretada por Felipe III en 1609 y llevarla rigurosamente á efecto desde este año hasta el de 1613. Tal fue, y bien triste, la condicion social del pueblo morisco en nuestro suelo.

Hé aquí por qué, siendo los moriscos cristianos en apariencia y verdaderos muzlimes en su vida interior, tanto en las poblaciones en que vivian apartados de los españoles como en los barrios ó morerías que tenian señalados en las grandes ciudades, debemos considerar sus



CAMPAMENTO DE NUESTRO EN CABO

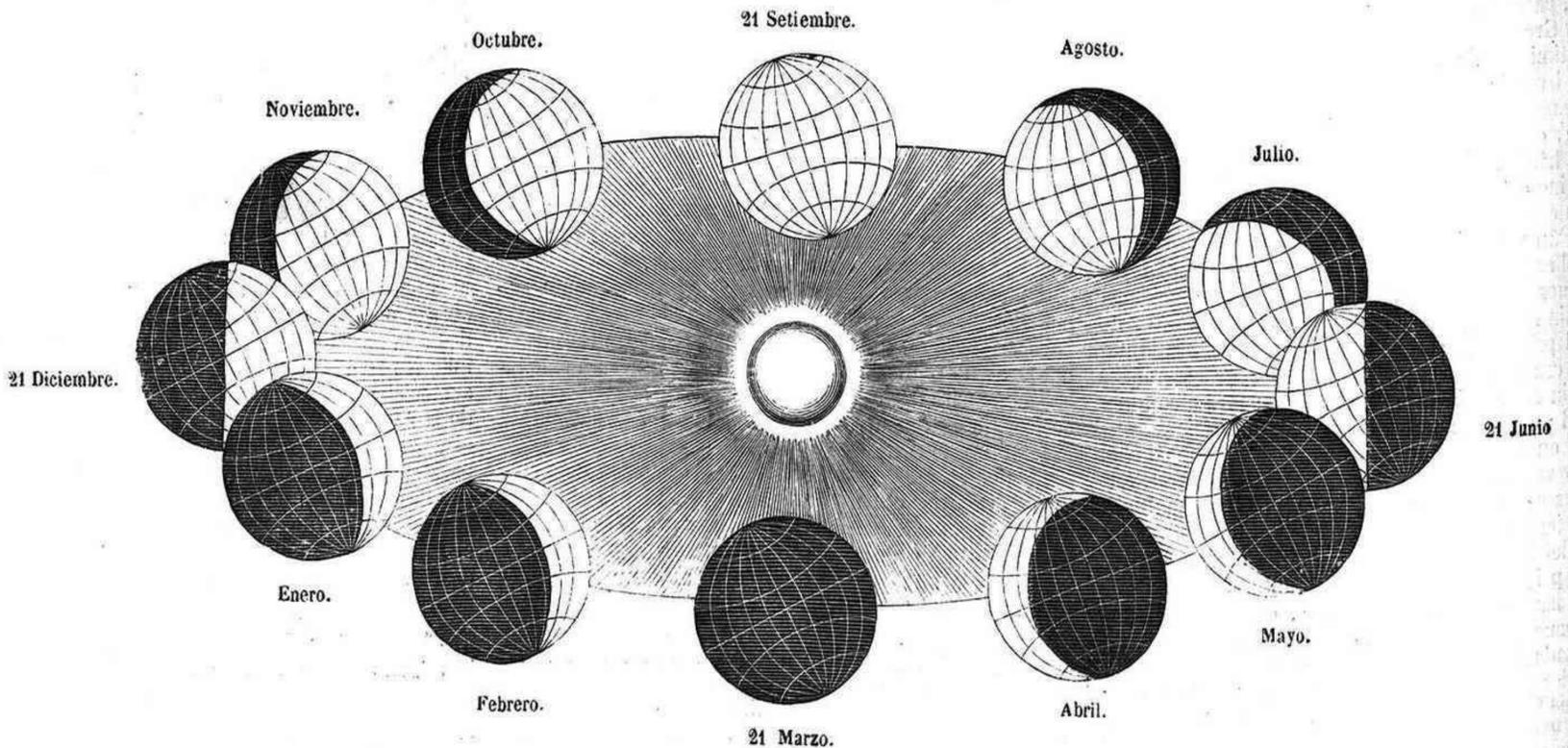
usos y como moriscos ó nuevos conversos, cristianos de mal grado y solo en apariencia.

II.

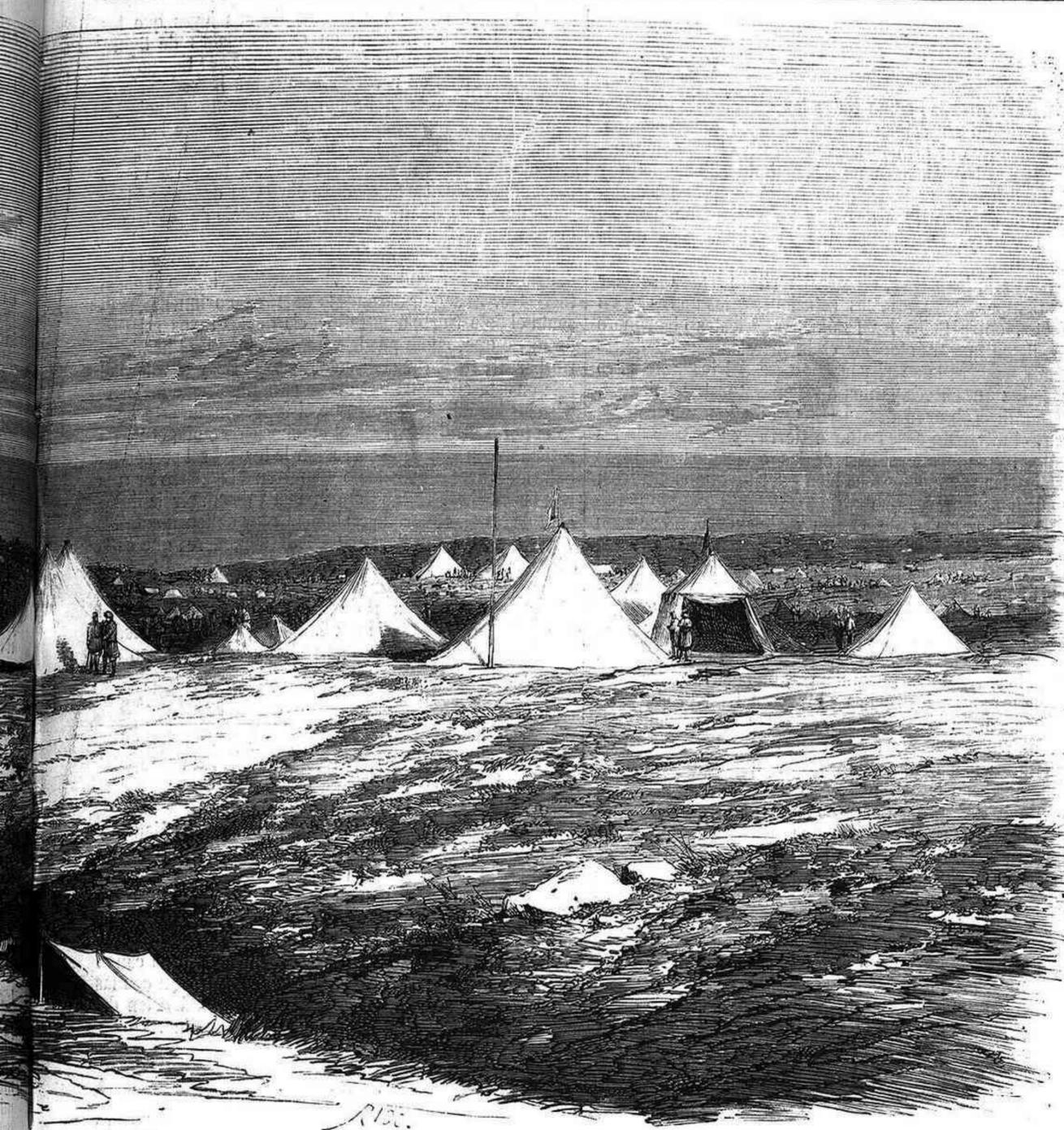
Examinando la vida interior de los moriscos españoles, obsérvase desde luego con cuánto afan procuraron conservar, aun en medio de las restricciones que les impusieron los vencedores, las tradiciones, las costumbres, los ritos religiosos de sus padres. Por mas que el cardinal Cisneros condenara á perecer en las llamas considerable número de libros que contenian doctrinas sarracénicas, fueron todavía muchos los que se encontraron al

verificarse la espulsion definitiva de aquella raza (1) probando que su corazon guardaba la fe muzlimica. Asi el Koran, interpretado por Muley-ben-Ans, fundador de la secta malequita, una de las cuatro que se consideran como ortodoxas entre los árabes, seguida en España desde el reinado de Al-Haquem I de Córdoba (2), era la ley con que en secreto se regian los moriscos, no solo religiosa sino tambien humanamente. Las creencias de aquel pueblo que nuestros reyes quisieron convertir al cristianismo, se hallaban conformes con los principios consignados en el Koran, con la tradicion y la *sunna*.

(1) Asi lo aseguran los autores coetáneos á la célebre espulsion de 1609 á 1613.  
(2) Preferida todavía por los moros de Africa.



LA TIERRA Y SUS MOVIMIENTOS.



CABO NEGRO. (DE FOTOGRAFIA.)

medio del mundo, mientras las llamas consumirian de uno á otro contin la tierra. «Allí será dada á cada uno su carta de lo que habrá de bien ó de mal, y los buenos en la derecha mano, y los malos en la mano izquierda, por diversos y feos lugares: el cual dia del juicio será doloroso, y habrá gemidos y tribulaciones sin tiento y sin mesura (1).» Solo los muzlimes por ruegos de su *annabi* ó profeta Mahoma, serán enviados al paraíso, pasando por el puente del *aziratt* tan prestos como un ravo; pero el puente es larguísimo y estrecho como un cabello, y debajo está el infierno donde caerán los blasfemos, los hombres de poca piedad, de poca fe y conciencia.

En el paraíso, en fin, debían hallarse los muzlimes en gloria perpétua, y los malos y soberbios malditos de Allah «que les fuera mejor no ser nacidos ni engendrados» quedarían en el infierno «que es un fuego que quema sin tiento ni mesura y sin límites un fuego frio y helado, y todo lo que hay en él es hedor, veneno y postema infernal con serpientes, gusanos y fieras que muerden y dan grandes y crueles pasiones. Allí los *axaitanes* ó diablos atormentan á los malos con todos sus desatientos y penas sin fin (2).»—Tales eran las creencias de los moriscos que se hallaban comprendidas en la confesion de la unidad de Dios, la cual junto con la *azala* ú oracion, la limosna, el ayuno del mes de Ramadhan, y la *hicha* ó peregrinacion á la Meka, forman los cinco fundamentos en que estriba la religion mahometana.

Cinco eran las *azalas* ú oraciones diarias que debia hacer todo buen musulman; la del alba (*asobhi*), la del mediodia (*addhar*), la de la tarde (*alazar*), la de postura de sol (*almagreb*), y la del anochecer (*alatenia*). No podían hacerse estas oraciones, que tenían prescritas ciertas *arracoas* ó reverencias, en los lugares donde hubiese imágenes, ni donde se acos umbrase tener animales, ni era regular hacerlas con ciertas ropas, mucho menos á la usanza cristiana ó con pinturas (3), ni llevando sortija con figuras. Conservaban los moriscos sus novenas, sus intenciones ó propósitos de peregrinacion á la Meka, obligacion que podían redimir tambien con sacrificios (4), y sus ayunos, no menos que la celebracion de la Pascua, en cuyos dias, como dice el alfaquí de la aljama de Segovia, don Iza Jebilr, debia hacer el buen creyente muchos alimpiamientos y *azatues*, y muchas *ataquebiras* (5), *azadacas* y *annefilas* (6), favorecer á los huérfanos, viudas y pobres necesitados, visitar enfermos, perdonar agravios é injurias, pedir perdon á los ofendidos, y tratar con los sabios en las cosas del *addin* y *zunna*. «Es *mustahap*, ó voluntario, en estos dias, dice hablando de las Pascuas un morisco valenciano, el traer á su casa regalos y sustentos, y alegrar á los de ella y á los parientes, á los huérfanos y pobres, sin obligarse á mas de lo que puede, ni hacello *zunna* (ley) forzosa.»

(1) Suma de los principales mandamientos, etc.  
 (2) Suma de los principales mandamientos y debedamientos, publicada por la Real Academia de la Historia.  
 (3) El hundidor de cismas y heregias, ó sea el *Tedhehib*, vertido al castellano por un morisco aragonés, en 1606.  
 (4) Suma de los principales mandamientos, etc. Cap. XXIX.  
 (5) *Ataquebira* es el acto de decir Allah ú Akbar (Dios es el mas grande), expresion muy usada por los moros.  
 (6) *Azadacas*: limosna, donativos.  
*Annefilas*: oraciones ó rogativas que solo son voluntarias y no obligatorias.

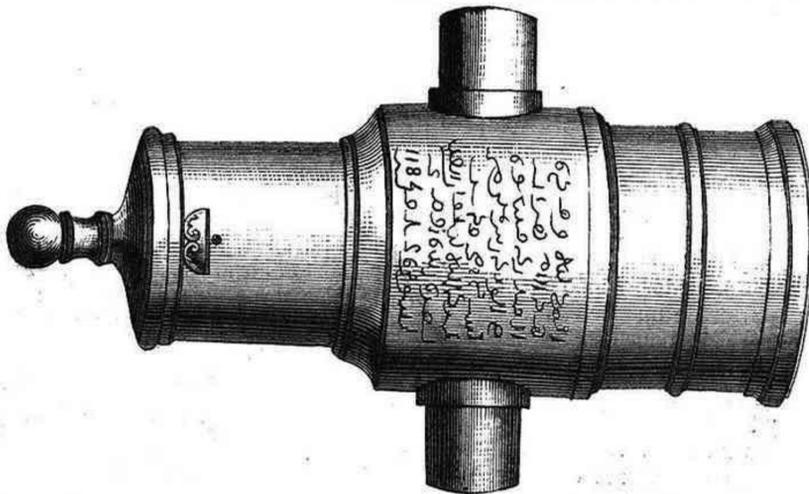
Para los moriscos existia un solo Criador del mundo, sin comienzo, ni medio, ni fin, que escogió á Mahoma para que les enseñase el camino que debían seguir en esta vida y aspirar á los siglos eternos (1).

Los principales mandamientos y deberes de un buen muzlim, no solo los tenían señalados los moriscos en el mencionado Coran, libro ó mejor código universal que dejó escrito á los árabes su falso profeta, sino que los reprodujeron y observaron, ya con interpretaciones y esplicaciones, ya solos ó acompañados de los tratados civiles que encierra aquel mismo código, propagándose así el conocimiento del Islam de unas á otras generaciones. Debían adorar á un solo Dios, sin atribuirle ninguna imagen ni semejanza, honrar á Mahoma, obedecer á los padres, aunque pertenecieran á otra religion, cumplir con los lavatorios y abluciones diarias que les ordenaba el Coran, decir sus cinco *azalaes* ú oraciones, pagar los tributos, hacer la peregrinacion, no robar ni matar, no beber vino ni cosa que embriagara, no comer tocino ni cosa mortecina, ni mal degollada, ayunar durante el mes de Ramadhan, celebrar el viernes, honrar á los *aalimes* ó sabios, hospedar al pobre y al viandante, cumplir y guardar en fin los dichos y doctrinas, los usos, las costumbres, los hábitos de Mahoma (2).

Como artículos de fe para un buen muzlim, debían creer los moriscos españoles, en la unidad, omnipotencia y escelencia de Allah; que Mahoma fue el escogido de Dios para destruir las otras creencias, debiendo mo-

rir todas las criaturas, excepto Allah. Las almas de los hombres debían ser recibidas por el ángel de la muerte, llevando todo mahometano dos ángeles á sus lados para que en el dia del juicio presentasen escritas sus buenas ó malas obras. Dos ángeles debían preguntar al muzlim quién fue su señor, su profeta y su ley, tan pronto como descansara en la sepultura, y segun lo que contestase, así debía quedar en gracia de Allah en las alturas ó bajar á los negros abismos del infierno hasta el dia del juicio. El último que debía morir seria el ángel de la bocina y despues Mahoma, presentándose todos los creyentes en

CAÑONES TOMADOS A LOS MOROS EN LA ALCAZABA DE TETUAN.



MORTERO.



CAÑON LABRADO.

(1) Suma de los principales mandamientos y debedamientos de la ley y *zunna*, publicada por la Real Academia de la Historia.  
 (2) Véase la misma obra publicada por la Real Academia de la Historia.

Mas así como los moriscos se entregaban en el interior de sus moradas á las prácticas musulmanas, en cuanto al exterior se veían privados de seguir las debiendo fingir los ritos de la religion cristiana. No podían, pues, en las *alchanezas* ó acompañamientos fúnebres de los entierros, seguir lo prescrito por su ley, contentándose con bañar y amortajar al difunto, hacerle *azala*, comprimirle el vientre, sin que debiesen dar voces ni gritos los parientes, llorando solo pacientemente cuanto pudieran. La viuda no podía salir de su casa en cierto espacio de tiempo, ni usar vestidos de color sino negros: «non ha de traer, escribe otro morisco, vestiduras delgadas, coloradas, nin blancas de seda, nin de algodón, nin de lino, nin de seda borda, nin de lana fina. Y sin fueran verdes ó moradas podrán traerse, cuando no se fallen otras: non ha de traer vestidura dorada, nin barracadas, nin sortijas, nin manillas, nin recuerdos de plata y de oro, nin buenos olores: non ha de teñir sus manos, nin ha de untarse con aceite de lirios, nin con aceite de violetas, nin con... otras cosas con que se tiñen.»—Y era tal el fervor y devoción con que el precepto de la peregrinación á la Meka se cumplía, dice en unos *Estudios Orientales*, un erudito escritor moderno (1), que se inculcó en las costumbres del pueblo, cumpliéndose por algunos con singular empeño aun después de la toma de Granada. Todo el litoral del Mediterráneo desde Valencia hasta el Estrecho estaba ocupado por los nuestros, y aun había moriscos que abandonaban con grande riesgo de sus personas el hogar doméstico, se acercaban á los puertos marítimos, pasaban á la otra banda, y llenaban los deberes de su conciencia, volviendo á España ennoblecidos y orgullosos con el dictado de *hachi* ó peregrino. Otro tanto hacían los moriscos *tagarinos* de Aragon y Castilla, atravesando las gargantas del Lisineo, cruzando después la Francia y la Italia hasta llegar á Venecia y los puertos del Adriático, embarcándose allí para Constantinopla.»

Los desposorios y casamientos de los moriscos, siempre que podían eludir la vigilancia de los cristianos, eran celebrados con los ritos alcoránicos. Requeríanse cuatro cosas para que fuesen firmes y valederos: que hubiese en ellos *alquali* ó padrino para presentar la novia al marido; que hubiese *acidaque*, tiempo señalado para este *azidaque*, y testigos. Las bodas se celebraban con *zambras* y *alhnululas* ó gritos de alegría, sonando *adufes*, atabales, laudes y rabeles (2), siendo obligación del marido procurar el sustento de la mujer conforme á su estado y calidad, bien fuese pobre ó rica, *jarifa* ó noble, ó de medianas facultades (3).

Las *leyes de moros* que públicamente y con consentimiento de nuestros reyes guardaban los *mudejares* de Castilla y de Aragon, continuaron siendo observadas por aquella raza convertida á pesar suyo al cristianismo, y así estaban prohibidos los casamientos con los parientes, no recibiendo en sus rencillas y delitos testimonio del hijo ó de la mujer contra el padre ó el marido ni al contrario (4), como tampoco de amigos ni de enemigos (5). Solo eran válidos los testimonios de las mujeres, siendo dos, en lo concerniente al parto, lactancia y muerte de las criaturas, y en sus propios defectos, mas como dice un morisco aragonés, «non pasa el testigo de las mujeres en sangre, nin en denuestos, nin en ahorramientos, non en casamientos, nin en sentencias, nin en tormentos» (6).

No eran menos singulares los costumbres moriscas observadas en los nacimientos de sus hijos: á los ocho días del nacimiento de una criatura, varón ó hembra, celebraban una funcion casera llamada *Fadah*. Reuniase la familia, después de haber muerto una res en la hora de *adohar* de la víspera, de la que comían todos, diciendo al oído del niño su padre ó suabuelo el nombre que habia de tener, sin olvidarse de invocar el de Allah en aquel acto. Circuncidábasele, repartíanse trozos de la res á los menesterosos, y pesando su pelaje, daban igual peso de oro ó plata por amor de Dios. Estas y otras muchas eran las principales creencias religiosas y costumbres civiles de los moriscos, conservadas á despecho de nuestros bisabuelos, y que reglaban al mismo tiempo las relaciones diversas de padres, hijos y mujeres, dotes, casamientos y divorcios, fornicios, robos y delitos, compras, ventas, particiones, pleitos, y todo cuanto podía ocurrir en la vida interior de un pueblo numeroso, subyugado ciertamente, pero que nunca pudo acomodarse á las leyes y costumbres de los cristianos. Tales fueron los moriscos como verdaderos mahometanos, segun demuestran los libros y tratados aljamiados en donde conservaron las leyes y los ritos prescritos en el Coran, á cuyo exacto cumplimiento debieron la consideracion que de *moros castizos y enemigos jurados de la religion de Cristo*, merecieron de los españoles, siendo expulsados por estos de la tierra misma que habian heredado de sus padres.—FLORENCIO JANER.

(1) Gayangos, nuestro querido maestro.

(2) Título VIII de las *Leyes de moros*, observadas por los mudejares de Aragon y de Castilla.

Anónimo morisco valenciano, folio 77.

(3) Anónimo morisco valenciano, folio 82.

(4) Título CLXXXII: *Leyes de moros*.

(5) Libro morisco. *El Samarcani*, folio 172.

(6) Pero si en lo relativo al *chidar* de la criatura, ó sea chupar, mamar. *Chudar* es todavía voz corriente en el idioma catalán, que conserva no pocas voces moriscas.

Non pasa el testigo de las mujeres en sangre, nin en denuestos, etc. (Traducción por un morisco del libro de Abu Leyth Nasr ben Mohammad ben Ibrahim.)

## LA TIERRA Y SUS MOVIMIENTOS.

La astronomía, como todas las ciencias de observación, tienen su origen en los tiempos mas remotos. Creemos que el primer astrónomo fue el primer hombre: sus observaciones no serian indudablemente muy profundas, pero no podrian menos de comprender aquellos fenómenos principales que se verificasen ante su vista y cuya observacion fue el primer paso en la ciencia.

Dios crió los astros, dice la Escritura, para señalar los tiempos, los años, las estaciones y los mares, y en efecto, entre todos los fenómenos celestes el primero que llama nuestra atencion es la sucesion regular de los días y noches, la aparicion y postura del brillante astro de la luz que marca ya una division natural del tiempo. El hombre observó después las variaciones de calor y frio, el diferente aspecto de la tierra, y el estado de los frutos, y se formó así idea de las estaciones y trató de explicarlas por medios mas bien pueriles que científicos; y puede asegurarse que hasta los tiempos en que florecieron las escuelas de Grecia y Alejandría, no se supo la causa de las estaciones. Por entonces Tales de Mileto y otros astrónomos habian observado ya la desigualdad de la sombra en los diversos meses del año, lo que probaba que el sol no estaba siempre á la misma altura, y que el sol no salia siempre por el mismo punto del horizonte. Esta observacion bastó para asegurar desde luego que el sol tenia dos movimientos, uno diario que engendraba los días y las noches y otro anual que producía las estaciones. El conocimiento de estos dos movimientos no era suficiente, sin embargo, para explicar completamente los fenómenos anuales hasta que se descubrió la oblicuidad de la eclíptica, es decir, la inclinacion del eje de la tierra sobre el plano en que se movía el sol.

Tolomeo fue el primero que reuniendo los datos y observaciones de sus antecesores dió la forma de sistema astronómico á las creencias que sobre este punto tenían los sabios de aquel tiempo. Tolomeo supone á la tierra situada en el centro del universo; los planetas y estrellas se mueven en derredor de ella de Oriente á Occidente, la luna hace su revolucion alrededor de la tierra, y lo mismo ejecutan por su órden Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno. Como esta colocacion no bastaba para explicar las desigualdades del movimiento de los planetas alrededor del sol, suponía Tolomeo que cada planeta se mueve en un círculo todo el tiempo que su centro adelanta en su órbita. Se figuró después que las estrellas estaban sujetas á cuatro movimientos distintos. El primero es un movimiento que tienen comun con los planetas en veinte y cuatro horas, el segundo un movimiento diurno por el cual retroceden algo del Occidente al Levante; el tercero un movimiento que las hace balancear unas veces de Poniente á Levante y otras en sentido contrario, y últimamente el cuarto por el cual parece que se inclinan hácia los dos polos.

Era preciso dar razon y esponer en qué consistían todos estos movimientos para que su sistema fuese probable. Con este objeto imaginó Tolomeo tres cielos: el primero que llamaba *primer móvil* hace mover á los planetas y á las estrellas alrededor de la tierra, y los otros dos que llamó *cristalinos*, y dice que tienen un movimiento de vibracion, le sirvieron para explicar los demás movimientos de los planetas. No le fue tan fácil dar razon de los movimientos de la luna estremadamente irregulares, y se vió precisado á suponer que este astro se movía en un círculo que llamó *epiciclo*, y este epiciclo sobre otro, lo que le permitía explicar algun tanto las lunaciones.

El complicado sistema de Tolomeo hacia nacer mil dudas para explicar todos los movimientos, por lo cual los árabes en quienes floreció la astronomía después, trataron de corregir este sistema aumentando con esto su complicacion. Alpetragio filósofo y astrónomo negó la verdad del sistema de Tolomeo, y supuso que los astros se movían en espirales, idea ingeniosa que explica el movimiento diurno bastante bien.—Sin embargo, la escuela tolaica seguía dominando siendo ya tan difícil de comprender sus móviles y cristalinos, que don Alfonso el Sabio al estudiar tan complicada teoría exclamó: *Si yo hubiera sido Dios, hubiera dispuesto el mundo de otra manera.*

Poco mas de un siglo después nació en Thorn, ciudad de Prusia, el hombre que después de treinta y seis años de profundo estudio debia derrocar completamente el sistema de Tolomeo. Copérnico el padre de la astronomía moderna, demostró que el sol ocupaba el centro del mundo y que la Tierra, lo mismo que los demás planetas, gira á su alrededor; las lunas ó satélites giran alrededor de los planetas y las estrellas fijas, estrañas á nuestro sistema planetario, permanecen á inmensas distancias de nosotros. Este sistema que encontró mucha oposicion entre los sabios y el clero, que no podia comprender la quietud del sol por oponerse á algunos pasajes de la Escritura, fue adquiriendo de día en día nuevos prosélitos hasta que aparecieron las dos grandes lumbreras de la astronomía Kepler y Newton, que descubriendo las leyes generales que presidian al movimiento de los astros y la atraccion universal, confirmaron la verdad del sistema Co-

pérnico. Kepler hizo ver en una de sus leyes que los planetas todos se mueven en curvas planas de figura elíptica en uno de cuyos focos está el sol. El tiempo que un planeta tarda en recorrer esta curva llamada órbita, es el año: y en esta órbita hay cuatro puntos principales que son los dos que marcarían el eje mayor de la elipse llamados equinocios y los que marca la perpendicular á este eje en el foco llamados solsticios. Estos puntos corresponden á los días 21 de diciembre y 21 de junio; 21 de setiembre y 21 de marzo. En el equinocio de primavera los días se igualan con las noches porque entonces el eje de la tierra es perpendicular al plano de su órbita y la luz del sol hiere perpendicularmente á un meridiano el globo terrestre. Al seguir después la tierra su movimiento, presenta el polo Norte á la influencia de los rayos solares, de modo que, como puede verse en la figura, el hemisferio boreal, recibe mas directamente la luz y el calor del sol: en esta situacion es verano para nosotros é invierno para los habitantes del otro hemisferio. Pasado este punto la tierra se dirige hácia el equinocio de otoño el 21 de setiembre en que vuelve á recibir la luz del sol perpendicularmente á un meridiano y vuelven á igualarse los días con las noches. Entonces principia á disminuir la duracion de los días, porque recibimos muy oblicuamente los rayos del sol hasta llegar al 21 de diciembre, que es el día mas corto del año.

La astronomía moderna ha podido, pues, explicar satisfactoriamente la causa de las estaciones por medio del movimiento de traslacion de la tierra, y lo mismo todos los demás fenómenos que se refieren á la medicion del tiempo.

## CAÑONES DE LA ALCAZABA.

Como nuestros lectores saben, han llegado á Madrid y están espuestos frente al cuartel de San Gil los cañones tomados al enemigo en la alcazaba ó ciudadela de Tetuan. Todos ellos son notables así por su antigüedad como por su procedencia. Entre ellos los tres representados en el grabado que acompaña á este número, nos han parecido los mas dignos de mencion. El uno es un cañón árabe y el otro un mortero de igual procedencia con las siguientes inscripciones, cuya fidelísima traduccion del árabe, debemos á don Manuel Malo de Molina.

### MORTERO.

«Alabado sea Dios único. Este mortero bendito, se hizo en Londres por órden de Sidi-Mojamed-ben G'Abdal-lah, sultan del Garb (ó de poniente), ayú tele Dios, para sus expediciones guerreras; año 1184.»

El año corresponde al de 1771 de nuestra era, y el sultan es el bisabuelo del actual, que entró á reinar en 1737 y murió en 1789 á los ochenta años de edad y treinta y dos de reinado.

### CAÑÓN LABRADO.

*Inscripcion de arriba cerca de la boca.*—«En el nombre de Dios clemente y misericordioso. Dios: no hay mas Dios que Dios el vivo y sempiterno; ni la modorra ni el sueño le ocupan: Suyo es todo lo que hay en los cielos y en la tierra; y no hay fuerza ni poder sino en Dios.»

*Inscripcion de abajo antes del oído.*—En el semicírculo. «Que Dios ayude, y la victoria está cercana.» En el centro: «Este es regalo al sultan hijo del sultan Mojammed-ben G'Abdal-lah ben Ismag'—il defensor del distrito del Mogreb el bendito; de la parte del probo sultan de Inglaterra, Francia, Irlanda y Escocia, el sultan Jorge III, muestra constante de cariño. Año 1183.»

El año corresponde á 1170 de nuestra era, que comenzó el sábado 23 de abril y terminó el miércoles 14 de abril de 1771.

El último es el que perteneció al infortunado rey portugués don Sebastian, que pereció en la jornada de Alcazarquivir. La inscripcion de este dice así:

SEBASTIANVS

I · D · G · EV · REX

EL CAPITA, JVASCORIA, CAMETRAÇO,

OPVS · REMIGY · DE · HALVT

· ANNO · 1353 · MECLINIEÑ

A continuacion ofrecemos á nuestros lectores la traduccion de un curioso manuscrito árabe, encontrado en Tetuan, hecha por el muy reputado y conocido arabista don Manuel Malo de Molina.

«Afirmado sea nuestro hijo el sincero y muy amante Sidi Mojamed el Caino, la paz sobre tí y la Misericordia de Dios y la bendicion del bien, y la perseverancia en la salud. El portador Sidi el Jad'-ye Ajmed de la familia de el Jad'-ye Mojamed ben G'abdelmalec, se ha presentado ante nos y manifiesta; que la cantidad que su hijo habia obligado de la parte de nuestro amo, ayúd le Dios, y los in-

tereses, él los pagará por completo en Tánger; y que los reales (el dinero) los percibirá en el tiempo que á él le parezca, y entonces se los pagará con lo que le tomó en el campo. Y si en ello tuviese pérdida será dividida; es decir, la mitad la pagará por completo en monedas y la mitad la tomará de él, graduados los reales al cómputo á que los tomaron. Y es o es lo que nos ha manifestado y lo que harán con él; y la paz. A 18 de principiar el año 1275. —Nuestro querido Mojamed el Jatib socórrale Dios.— (La fecha corresponde á 27 de agosto de 1838).

## RECUERDOS DE UN MEDICO INGLÉS

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

El 16 de octubre salió de Saffy para trasladarse á Mogador, á donde no pudo llegar hasta el día siguiente, pues la distancia entre ambas ciudades es de sesenta millas.

Después de atravesar una montaña de prodigiosa elevación, nuestro viajero entró en un bosque de encinas enanas, de seis millas de longitud, limitada al Sur por el Tansif, cuya corriente aumenta mucho en las grandes lluvias ó en las altas mareas. En uno y otro caso se atraviesa en balsas; pe o entonces pudo vadearse.

Avanzando hácia el Mediodía, descubrió un gran palacio en medio del bosque, construido por Muley-Ishmael, príncipe inmortalizado por la pluma de Addison; pero Sidi-Mohamet lo había descuidado de tal modo, que se arruinaba por momentos. El curso de del Tansif, sus múltiples rodeos y este palacio presentan el aspecto mas pintoresco.

Las instrucciones que Lemprières había recibido de Mr. Matra, le encargaban esperar en Mogador la vuelta del mensajero enviado á Tarudante para anunciar al príncipe su llegada; así, pues, se mantuvo en la primera de estas ciudades, esperando las órdenes de su ilustre enfermo.

Mogador, llamado así por los europeos, y Suera por los moros, es una gran ciudad, regularmente construida, que dista trescientas cincuenta millas de Tánger, y está situada en la costa del Atlántico. Sus cercanías son tristes y arenosas, y su construcción empezó en el reinado de Sidi-Mahomet, que á su advenimiento al trono mandó á todos los comerciantes europeos de sus Estados trasladarse allí, estimulándoles á ello, mediante la rebaja de los derechos de aduanas. Seducidos los europeos por esta muestra de la benevolencia imperial, abandonaron sus antiguos establecimientos é hicieron otros en Mogador; pero es el caso que el emperador, olvidando sus promesas, aumentó los derechos en lugar de disminuirlos: felonía cuyos fatales efectos se hicieron sentir inmediatamente.

Sin embargo, la política mas leal del sucesor de Sidi-Mahomet, y sobre todo los ricos presentes que le hicieron los comerciantes europeos, produjeron algunos buenos efectos; pero los derechos de aduana continuaron siendo exorbitantes y se multiplicaban bajo todas las formas posibles.

El comercio de Mogador consiste en la esportación de mulas para América; y á Europa envía cueros, pieles de todas clases, diferentes gomas, plumas de avestruz, cobre, cera, lana, dientes de elefante, dátiles, higos, uvas, aceitunas, aceites, hermosas esteras, soberbios tapices, etc., etc., á cambio de diferentes maderas de construcción, pólvora, cañones, telas, plomo, hierro en barras, objetos de toda clase de quincalla y frusterías, espejos, tabaquerías, relojes, cuchillos, etc., etc.; té, azúcar, especias y otros artículos estraños al país.

Los moros no se limitan á comerciar con los europeos, sino que tambien trafican con la Guinea, Argel, Túnez, Trípoli, el Cairo y la Meca, por medio de sus caravanas, de que en breve hablaremos.

Mogador está bien fortificado por la parte del mar; por la de tierra solo tiene algunas baterías para rechazar á los árabes del Mediodía, siempre turbulentos, y que, noticiosos de las riquezas que la ciudad encierra, están dispuestos á todas horas á saquearla. Para entrar en ella es preciso pasar por bajo gran les bóvedas de piedra, en las que están las puertas; la plaza del mercado está rodeada de pórticos, y es regular y de buena construcción. La aduana y los almacenes del puerto son hermosos edificios. El emperador tiene ademas en la ciudad un palacio que pocas veces ocupa, y que, aunque de moderna arquitectura, es mezquino para un soberano. Las calles de Mogador están tiradas á cordel, pero son estrechas, como las de todas las ciudades berberiscas, y las casas, á diferencia de las de las otras ciudades de Marruecos, son muy altas. La bahía es poco segura, y los buques padecen mucho en ella por el viento de Noroeste; no obstante un islote que se descubre á un cuarto de milla de la costa, les ofrece algun abrigo. Esta bahía está defendida por un fuerte bien artillado.

Seis días hácia que Lemprières que se hallaba en Mogador, cuando el mensajero que había ido á anunciar al príncipe su llegada, le llevó la orden de que se trasladase á Tarudante, donde Muley Absulem estaba de re-

greso. El gobernador de Mogador aumentó su escolta con tres soldados negros bien armados, y le hizo dar una tienda mejor y un intérprete judío que hablaba muy bien el inglés; el desgraciado correligionario de este, á quien se había obligado á acompañarle, fue enviado á su casa con gran satisfacción suya.

Lemprières empleó tres días en recorrer las setenta y seis millas que separan á Mogador de Santa Cruz. Esta población, á la que llegó después de una marcha penosísima, está situada en la pendiente de una colina, á la estremidad de la cordillera que atraviesa el Imperio de Marruecos, con el nombre de *Monte Atlas*. Santa Cruz, que perteneció á los portugueses hasta el reinado de Sidi Mahomet, fue la factoría mas importante de los europeos. Hoy es una población desierta, que solo tiene un reducido número de casas ruinosas. Su puerto pareció á nuestro viajero mas seguro que el de Mogador, y se admiró de que se haya dejado de darle la preferencia en todas las especulaciones mercantiles, á causa de su proximidad á las provincias meridionales del imperio.

Salió de Santa Cruz el 26 de octubre, y en dos días llegó á Tarudante, que dista de aquella ciudad cuarenta y cuatro millas, en las cuales apenas se atraviesa sino tierras incultas y bosques.

Al llegar á Tarudante, el doctor fue llevado al palacio del príncipe, que dista media milla de la ciudad. Este regio edificio, cuyo arquitecto había sido el ilustre enfermo, era muy pequeño, aunque visto por fuera presentaba un aspecto bastante agradable. No obstante, carecía interiormente, como todas las casas morunas, de buen gusto y comodidades. Estaba fabricado con *tabby* y rodeado de una gran muralla, dentro de la cual había dos hermosos jardines traza los por un europeo y confiados al celo de un renegado español.

Las habitaciones eran muy altas, el piso era de tierra, y en medio de su patio había una fuente. Para entrar era preciso pasar por debajo de unos pequeños arcos. A la derecha del patio estaban las caballerizas, y la izquierda estaba ocupada por los cuartos del príncipe, porque, merced á la benignidad del clima, casi nunca se recurre á las cuadras, y los caballos se atan, al aire libre, á unas esteras por medio de ramales.

Lemprières fue introducido en un salón donde muchas personas estaban sentadas en una especie de nichos practicados en la pared, y en los que esperaban su turno para ser llamados á la audiencia del príncipe.

Mas, como nuestro doctor experimentaba gran turbación al acercarse á unos hombres cuyo lenguaje ignoraba, en lugar de sentarse á su lado, púsose á pasear de arriba abajo, lo cual causó no pequeño asombro á gentes que empiezan siempre sintiéndose, antes de emprender conversacion alguna ó de hablar de sus negocios. Su admiración al verle sin cesar en movimiento, llegó á ser tan grande, que pudo creer que le tomaban por loco.

Después de una hora de espera, llegó la orden de que fuese introducido con su intérprete. Hizosele pasar por una galería muy oscura, que conducía á un espacioso patio cuadrado, al cual daba la habitación del príncipe. La entrada de esta estancia era bastante bella, aunque de un género muy caprichoso. Era un pórtico ancho y verdaderamente curioso por lo abigarrado de sus colores, y que por su estension, podía servir de antecámara. El cuarto en que estaba el príncipe, era cuadrado; su techo estaba artísticamente pintado, y el piso de ladrillos de diferentes colores, formaba estraños dibujos; las paredes eran de estuco. Esta habitación hubiera sido muy regular, á no carecer de ventanas; pero los moros no creen necesario el hacer entrar la luz por ellas, en sus casas; lo cual las priva de toda agradable exterioridad.

Lemprières halló al príncipe Muley-Absulem sentado con las piernas cruzadas, sobre un almohadon forrado de una finísima tela blanca; y delante tenía una larga alfombra bastante estrecha, que servía de asiento á sus cortesanos. Este era el único objeto que adornaba aquella imperial habitación. Lemprières entregó en el acto las cartas del cónsul inglés, que segun la costumbre del país, fueron presentadas en un pañuelo de seda, al príncipe. Este saludó á su médico con un movimiento de cabeza, y pronunciando estas palabras: *Bono tibí, bono inglés*, mezcla de árabe y de español, que significaba *buen doctor, buen inglés*. Luego, un oficial de su guardia mandó al facultativo y á su intérprete que se sentasen en el suelo al lado del príncipe. Hecho esto, empezaron á menudear como á porfía, las preguntas. El príncipe se mostró muy gozoso por la llegada de Lemprières, y le hizo preguntar si había ido espontáneamente, y si los médicos ingleses gozaban en Europa de mucha reputación. El médico contestó á la primera pregunta, diciendo que había sido enviado por el gobierno de Gibraltar; y á la segunda, que debía hacer justicia á la verdad y á su patria, asegurando al príncipe que en Inglaterra había los mas célebres médicos. Después de este primer preámbulo, el príncipe le hizo decir por medio de su intérprete, que le tomase el pulso y examinase sus ojos, uno de los cuales estaba oscurecido por una catarata, y el otro afectado de un humor espasmódico; y ardía en deseos de saber inmediatamente lo que el doctor opinaba acerca de su estado, y cuánto tiempo necesitaria para curarle. A esto respondió el doctor que le era indispensable conocer mejor su mal, antes de emitir su parecer, y añadió que dentro de dos ó tres días podría juzgar con mas acierto. Uno de los favoritos del príncipe

hizo la observacion, al verle sin barba, pues se había afeitado aquella mañana, que parecia muy jóven para ser buen médico; otro, viendo que llevaba empolvada la cabeza, dijo que procuraba ocultar su edad; y en fin, otro aseguró que los cabellos que se le veían en la cabeza, no eran suyos. Lo que pareció causar un asombro general en la corte de Muley-Absulem, fue su estrecho traje europeo, que formaba un estraño contraste con la desmesurada amplitud del traje moruno.

Este primera visita no ofreció, como bien se ve, mucho interés; y á causa de la fatiga que había experimentado, Lemprières la hubiera, muy á su placer, dado por terminada; pero se vió precisado á prolongarla hasta haber satisfecho la curiosidad de todos los circunstantes. No hubo uno solo de estos que no le hiciese tomarle el pulso, y no le preguntase lo que acerca de su salud pensaba. Después de numerosas consultas, el príncipe le hizo decir por su intérprete, que le había mandado disponer una habitación cómoda, á la cual le aconsejaba fuese á descansar un rato. Lemprières no se hizo repetir el consejo, y aprovechó tan saludable aviso para ir á descansar; pero el príncipe le pidió fuese á verle temprano al día siguiente.

La cómoda habitación que el príncipe le había mandado disponer, era un mal aposento, en el barrio de los judíos, situado á un cuarto de milla de la ciudad; la casa en que iba á ocupar un cuarto muy sucio, muy estrecho y sin ventanas, pertenecía al judío mas rico de Tarudante. La luz no podía penetrar en aquel lóbrego recinto sino por la puerta, que estaba cortada por la mitad; y por colmo de desdicha, daba sobre un patio al que tres familias judías, que vivían en la misma casa, arrojaban todas sus inmundicias.

Lemprières se horrorizó al entrar en aquel fementido zaquimá, y en el primer momento de su cólera ocurrióle ir á quejarse al príncipe, de la pésima habitación que le habían dado; pero reflexionando que se le había anunciado como una de las mejores de la ciudad, tomó el partido de permanecer en ella y arreglarse lo menos mal posible. No obstante, al cabo de algunos días, habiendo tenido ocasion de hablar de su alojamiento al príncipe, no le ocultó que estaba muy descontento de él. Muley-Absulem dió al punto la orden de que se le alojase en sus jardines, pero esto se ejecutó con tal lentitud, que el pobre doctor salió de Tarudante, antes de haberle preparado su nueva estancia.

Después de pasar una noche bastante mala en la casa del judío, Lemprières fue al palacio de Muley-Absulem, para examinar mas detenidamente el estado de sus ojos, y esta vez no se le hizo esperar, pues aquel le aguardaba con una especie de inquietud, temiendo que su enfermedad pareciese incurable. En efecto, habiendo hecho un atento exámen de sus ojos, Lemprières los creyó poco susceptibles de curacion, si bien se abstuvo prudentemente de espresar su dictámen, limitándose á decir al príncipe que no se prometía poder curarlos radicalmente; pero le halagó con la esperanza de un notable alivio, aunque en su interior no se atrevía á creerlo así. A fin de procurarse el tiempo necesario para probar diferentes medicamentos, pidió dos meses para el tratamiento que creyó conveniente adoptar.

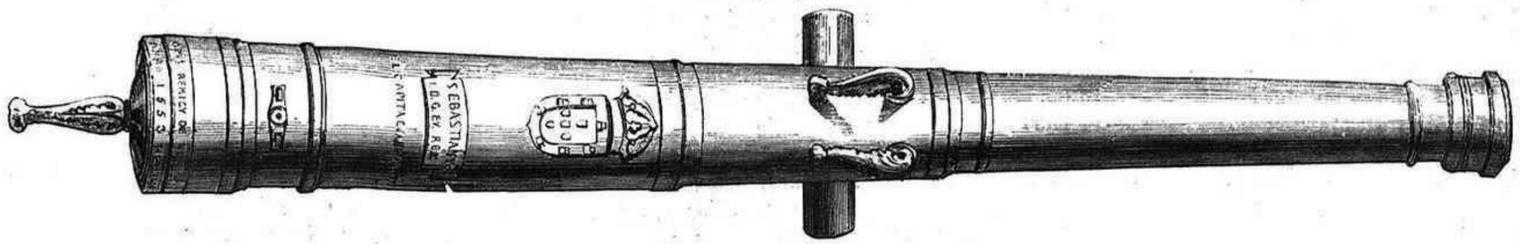
Habiendo resuelto el príncipe someterse á tomar los diferentes remedios que su nuevo médico debía administrarle, le hizo emprender la curacion desde aquel mismo día. La segunda inspeccion que acababa de hacer, convenció á Lemprières de que su enfermo tenía en el ojo derecho una catarata que le privaba completamente de la vista, por este lado; no podía, pues, prometerse otra cosa que salvarle el ojo izquierdo, que estaba afectado de una convulsion continúa que amenazaba terminar en la gota serena. El movimiento de este ojo era tan violento, que algunas veces la pupila se ocultaba enteramente hácia la nariz. En tan triste estado, el enfermo apenas podía ver los objetos de gran tamaño, sin distinguir ninguno.

Por lo demás, el género de vida á que el príncipe estaba entregado hacia mucho tiempo, le había ocasionado muchas otras dolencias, pues estaba estenuado por la disipacion. Lemprières empezó sometiéndole al régimen mas severo; y como desconfiaba de su exactitud en hacer lo que le prescribía, pidió al oficial que consideró de su mayor confianza, que se encargase de hacerle seguir el plan curativo que había formulado por escrito y hecho traducir al árabe.

Con los tópicos que esteriormente empleaba, se vió tambien obligado á propinar algunos medicamentos internos á su enfermo; y para cerciorarse de que los tomaba como habían sido compuestos, se los daba él mismo. El príncipe era muy dócil en beber lo que su médico le presentaba, á pesar del mal sabor de las drogas que se le propinaban. Erable, no obstante, imposible concebir que unos medicamentos tomados interiormente, pudiesen dar por resultado la curacion de sus ojos. Pero á pesar de su incredulidad en este punto, se mostraba mas razonable que cuantos le rodeaban, y que sostenía en alta voz que era una locura atacar un mal esterior por otro procedimiento que el empleo de los tópicos.

Los cortesanos mas inmediatos á Muley-Absulem, le dieron á entender que su nuevo médico trabajaba en debilitar su temperamento: la decencia no permite esponer las funestas consecuencias que semejante tratamiento debia, en su concepto, producir en la salud y los placeres

## CAÑÓN TOMADO A LOS MOROS EN LA ALCAZABA DE TETUAN.



CULEBRINA PORTUGUESA.

del príncipe. Tales absurdos hicieron al fin impresion en el ánimo del crédulo enfermo, que no tardó en espesar sus temores; lo que dijo á Lemprieres á propósito de la iniquidad que se le imputaba, puso á este en grave conflicto, porque, ¿cómo hacer entrar en razón á personas cuyo idioma se ignora?

Al fin tomó el partido de sincerarse por medio de su intérprete. Hizo, pues, explicar al príncipe que la composición de las medicinas que tomaba, no podía en caso alguno ser nociva á su salud. Esforzóse en hacerle comprender que su honor como médico y su misma fortuna estaban igualmente interesados en hacerle no despreciar cosa alguna encaminada á devolverle la vista; y que por consiguiente, lejos de intentar causarle daño, no podía menos de consagrarse á procurarle alivio, y concluyó añadiendo, para acabar de tranquilizarle acerca de sus intenciones, que si el tratamiento que le prescribía no recibía la aprobación de los inteligentes, su reputación quedaría arruinada.

Estas razones calmaron al fin á Mu'ey-Absulem, y le pareció que el doctor había sido calumniado. Deseoso, pues, de hacerle olvidar el mal humor que le manifestaba hacia algunos días, le confesó que solo el temor se lo había causado. Lemprieres consiguió que no abandonase su método, aunque poniendo la condición de que renunciaría á él si no se lograba la apetecida mejoría. Lo que mas alentó la confianza de Muley-Absulem, fue la falsedad demostrada de los tristes vaticinios de sus cortesanos, pues no esperimentó ninguno de los accidentes que le habían hecho temer.

El doctor hacía á su ilustre enfermo dos visitas diarias, y empleaba el resto del tiempo en leer algunos libros que había comprado en Mogador, y daba alguna vez un paseo á caballo por las inmediaciones de la ciudad.

Al cabo de quince días, el príncipe empezó á experimentar un notable alivio. Su ojo derecho no sufría ya la convulsión que apenas le permitía distinguir el día de la noche; su movimiento era mas natural, y el enfermo podía distinguir una manzana á quince pasos de distancia.

Estos primeros indicios de curación hicieron enmudecer la malevolencia, y el mismo príncipe confesó que había procedido con demasiada ligereza al abrigar injuriosas sospechas; y cuando vió que los remedios prescritos continuaban produciendo los mejores resultados, su confianza en Lemprieres llegó hasta el punto de querer que visitase sus mujeres, algunas de las cuales necesitaban los auxilios de la medicina. Y este es el momento oportuno de hacer una descripción del impenetrable recinto llamado *harem*, dejando para mas adelante la de la estancia del emperador.

No bien hubo decidido el príncipe que su médico fuese introducido en el harem, mandó se le condujese á él en compañía de su intérprete. El jefe de los eunucos recibió á entrambos á la puerta.

Los eunucos destinados á la custodia de las mujeres, descienden de esclavos negros. Son en general, gruesos y de pequeña estatura; y si algunos crecen mas que los otros, esto se verifica á espensas de su buena conformación; casi todos están llenos de deformidades, y su voz afeminada se parece á la de los adolescentes; todo, en una palabra, revela la debilidad de estos seres mutilados. Su autoridad sobre un sexo al que tiranizan, les hace darse un aire de importancia cuya ridiculez no sospechan, y los hace orgullosos é insolentes hasta un punto increíble. Lemprieres hubiera sido víctima de su perversidad, si al entrar en el harem no se hubiera precavido contra la alcazaba de su carácter.

Acompañado del jefe de estos monstruos amfibios, pasó la puerta del harem, cuya guarda le estaba confiada, atravesando luego por largo rato por bajo de una bóveda oscura que le condujo hasta el patio alrededor del cual estaban las habitaciones de las mujeres. Al atravesarlo, vió gran número de estas y de niños blancos y negros; eran las concubinas del príncipe y los esclavos que las servían.

Fácil es adivinar la sorpresa de aquellas infelices reclusas, á la vista de un europeo; unas, terriblemente sobrecogidas, parecían petrificadas, con los ojos inmóviles y la boca abierta; otras prorumpían en estrepitosas carcajadas al ver su traje europeo, sus cabellos empolvados, sus zapatos de hebilla y sus medias; mirábanle de

piés á cabeza, examinaban los mas ligeros pormenores de un traje tan nuevo para ellas, y no podían comprender el uso de los polvos en la cabeza, sino como un preservativo contra la polilla.

Mayor aun fue la impresion que causó en los niños la presencia del doctor, pues todos echaron á correr, muertos de miedo, como si hubiesen visto un león ó un tigre.

Siempre que Lemprieres entraba en el harem, se veía rodeado por la turba de curiosos que le salía al paso.

Casi todas aquellas mujeres, estemadamente gruesas, tenían los ojos abultados y negros, la cara redonda y la nariz pequeña; entre ellas había algunas rubias de color pálido, y algunas negras muy bien formadas.

Al entrar en el cuarto de la enferma cuyo estado causaba vivas inquietudes á Muley-Absulem, lo halló dividido por una gran cortina. Una jóven esclava trajo un taburete que colocó al lado de esta, diciendo al doctor que podía sentarse en él. Un instante despues, la enferma, á quien no podía ver, alargó su brazo al través de la cortina, y le pidió le tomara el pulso; pero la persuasión en que estaba, de que por este medio debía su médico conocer la causa de sus dolencias, la hizo permanecer de tal modo silenciosa, que aquel le preguntó en vano, por medio de su intérprete, si padecía de la cabeza, del estómago, ó de alguna otra parte de su cuerpo; mas, en lugar de responder á estas preguntas, retiró el brazo que había alargado, y presentó el otro. Esta obstinada reserva impacientaba al doctor, porque no le permitía satisfacer su curiosidad, ni reconocer el sitio en que radicaba la enfermedad de la favorita; pero inventó un recurso que creyó en alto grado oportuno para procurarse la vista de aquella beldad. Hízole, pues, decir que no le sería posible conocer con exactitud la causa de la alteración de su salud, si no le veía la lengua, y que era, por lo tanto, absolutamente preciso que tuviese la complacencia de enseñársela. Pero la enferma inventó á su vez un medio que la libró del conflicto en que la había puesto la exigencia del doctor, y que desconcertó la curiosidad de este. Este medio, muy sencillo por lo demás, consistió en hacer con sus tijeras un agujerito en la cortina, y sacar por él la lengua. El médico pudo entonces prescribir los necesarios remedios.

Otra mujer, atacada de humores escrofulosos, le recibió con las mismas precauciones que la primera; pero como no pudo dejar de descubrir la parte del cuello en que tenía las escrófulas; el doctor pudo verle una parte del rostro, que por cierto le pareció muy hermoso. Esta mujer le dijo que había sido la sultana favorita de Muley-Absulem, pero que había perdido este título, por la repugnancia que su cruel enfermedad había causado á este. La amargura que experimentaba al verse confundida con sus rivales, despues de haber gozado de todas las preferencias inherentes á la categoría de sultana favorita, se concibe fácilmente.

Mientras Lemprieres le examinaba el cuello, ella se quitaba de los brazos muchas alhajas que le entregaba, con la esperanza de que aquellos regalos, de gran valía, aumentarían el interés del doctor, quien no se atrevió á aceptar tales obsequios, porque no concibió esperanza alguna de restituírle sus antiguos atractivos. Prometióle, pues, recurrir á algunos remedios, de cuya eficacia, sin embargo, no podía responder.

La abandonada sultana no se dió por muy satisfecha con tal respuesta. No obstante, el médico logró tranquilizar un poco su espíritu; y como la ventajosa idea que de los médicos europeos tenía, robustecía sus esperanzas, quiso empezar desde luego á tomar los indicados remedios.

Las frecuentes visitas que Lemprieres hizo á estas dos mujeres, le proporcionaron la ocasion de ver á todas las que en el harem había. Contó mas de veinte, sin hablar de las cuatro que la ley permite á los verdaderos creyentes, siendo consultado por muchas de ellas, que le tomaban por un ignorante cuando no adivinaba sus enfermedades por el mero exámen del pulso. Si al tomárselo dudaba algo, le miraban como á un empirico, á quien nada se le alcanzaba de la medicina; y si conseguía curarlas, decían que sus curas eran pasajeras. Desconfiando de hacer oír la razon á unas mujeres cuya lengua ignoraba, tomó el partido de transigir con sus debilidades; y esta conducta le valió elogios que no eran mas

justos que las injurias de que había sido blanco al hablar con toda franqueza.

Las mujeres de Muley-Absulem habían pasado ya de la primera juventud; Lemprieres no vió una sola que bajase de veinte y ocho á treinta años. Todas eran gruesas en demasía, y ninguna sabia andar. Como los sucesos de que se ocupan estas desgraciadas nunca estralimitan las paredes de su encierro, y como es tan escaso, por otra parte, el interés que se tiene en cultivar su espíritu, ignoran completamente toda manera ó costumbre social. No salen del harem sino con el permiso de su dueño, y esto solo ocurre cuando deben seguirle, por cambio de residencia.

Todas ellas, segun lo que Lemprieres pudo juzgar, carecían de inteligencia y educacion. Un día preguntaron al intérprete si el doctor sabia leer y escribir, y cuando supieron que casi todos los cristianos sabían leer los libros de su religion, manifestaron un extraordinario asombro. En efecto, en aquel bárbaro país solo un escaso número de hombres llamados *talbs* ó *talebs*, intérpretes de la ley, saben leer.

Entre aquellas mujeres había seis esclavas de quince años, que habían sido regaladas á Muley-Absulem por un moro muy opulento. Una de ellas era hija de un renegado inglés, otra española y las otras cuatro africanas.

Cuando en la mujer, el talento y las dotes adquiridas por la educacion nada añaden á los atractivos naturales, preferimos siempre á la mas hermosa, pues ella es la que mas nos seduce. Las beldades del harem mostraban comprenderlo instintivamente, puesto que para hacerse mas amables que sus rivales y conseguir suplantarlas, se dedicaban al estudio de la música bajo la dirección de un maestro, poco aventajado en verdad, pero que sabía, sin embargo, lo bastante para darles algunas lecciones de canto, y arreglaba con sus alumnas una especie de concierto vocal é instrumental, de bandolin, tamboril y violín de dos cuerdas, de cuyo conjunto resultaban acordes sin gusto y sin armonía, que con razon podían tomarse por una verdadera cencerrada.

La conversacion era el principal pasatiempo de aquellas desventuradas mujeres. Lemprieres las hallaba siempre sentadas en corro, para hablar. El cuidado que se emplea para satisfacer todas sus necesidades, les impide procurarse ocupaciones activas. Unas esclavas judías atienden á sus vestidos; otras, en número mas que suficiente, cuidan de la limpieza de sus habitaciones y les preparan los alimentos. Cuanto mas en favor está una de aquellas hermosas cautivas, tantas mas mujeres tiene á su servicio.

(Se continuará.)

## Geroglífico.



La solución en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG.—EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.